



Graciela Márquez Colín

“Historia económica: problemas comunes entre historiadores y economistas”

p. 11-24

El historiador frente a la historia. Historia económica en México

Virginia Guedea y Leonor Ludlow (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2003

148 p.

(Serie Divulgación, 4)

Figuras

ISBN 968-36-9994-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/410/historiador_historia.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



HISTORIA ECONÓMICA: PROBLEMAS COMUNES ENTRE HISTORIADORES Y ECONOMISTAS

GRACIELA MÁRQUEZ COLÍN
El Colegio de México

Since what we are trying to understand is economic change in historic time, there is little exaggeration in saying that the ultimate goal is simply a reasoned (conceptually clarified) history, not of crises only, nor of cycles or waves, but the economic process in all its aspects and bearings to which theory merely supplies some tools and schemata, and statistics merely part of the material.

Joseph A. Schumpeter¹

El intercambio de ideas entre historiadores y economistas necesariamente amplía las perspectivas entre ambas profesiones y brinda una oportunidad para reflexionar en torno a los temas que les son comunes. De ahí que el diálogo entre ambos especialistas resulte en un fructífero esfuerzo por entender el pasado. La historia económica nos ofrece la posibilidad de observar la forma particular y distintiva en la que los economistas y los historiadores dan cuenta del pasado a través de la utilización de herramientas teóricas y metodológicas propias de cada disciplina. ¿Puede el trabajo profesional de los historiadores enriquecer al de los economistas? ¿Cómo se vinculan los detallados estudios de las instituciones a los modelos de la teoría económica? ¿Cómo se enriquece el estudio del pasado con la interacción de economistas e historiadores? Para responder

¹ Joseph Schumpeter, A. *Business Cycles. A Theoretical, Historical, and Statistical Analysis of the Capitalist Process*, Nueva York, McGraw-Hill, 1939, p. 220.

a tales preguntas, este ensayo tratará de señalar, a través de distintos temas que se ocupan de aspectos económicos del pasado, la forma en que los aportes del trabajo conjunto de economistas e historiadores nos proporcionan un mejor entendimiento del pasado.

Antes de presentar ejemplos concretos de los puntos de contacto entre el trabajo de economistas e historiadores, es muy importante hacer notar que cuando el análisis económico deja de lado el estudio del pasado es incapaz de observar las influencias históricas sobre las variables claves. Es por ello que en la economía siempre han surgido voces de alerta sobre la necesidad de que los economistas estudien el pasado. Baste aquí sólo mencionar que para Joseph Schumpeter la historia económica era la rama más importante de la economía. Más recientemente, Donald McCloskey ha señalado que la economía y la historia económica no son sino ramas de la historia. Aun el más teórico de los economistas podrá reconocer que sin el estudio del pasado es imposible entender la dinámica económica de largo plazo.

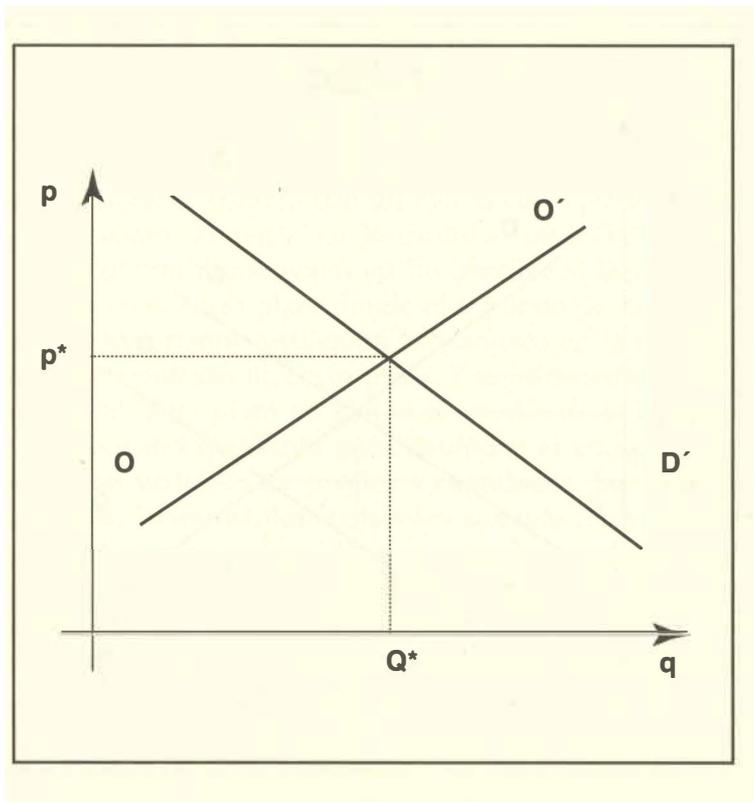
La economía trata en lo esencial de dar respuesta a tres preguntas fundamentales: qué producir, cómo producirlo, y como distribuir lo producido. Para responder a estas preguntas, los economistas construyen modelos abstractos a partir de un número limitado de variables y con distintos grados de complejidad. Estos modelos no son aproximaciones a la realidad —difícilmente podrían serlo— sino más bien instrumentos analíticos que permiten entender las regularidades empíricas entre un conjunto dado de variables.²

Pongamos un primer ejemplo con las leyes económicas más simples y tal vez mejor difundidas: la *ley de la oferta* y la *ley de la demanda*. Estas dos leyes relacionan dos variables claves para cualquier sistema económico: cantidades y precios. Por una parte, la ley de

² En palabras de John Hicks, “Cualquier evento histórico tiene algún aspecto en el que es único; pero casi siempre hay otros aspectos en los cuales es miembro de un grupo, a menudo un grupo bastante amplio. Si es uno de estos últimos aspectos en los que estamos interesados, será el grupo y no el individuo donde deberemos fijar nuestra atención; será el promedio o la norma del grupo lo que trataremos de explicar. Estaremos en capacidad de permitir que el individuo pueda divergir de la norma sin estar impedido para reconocer la uniformidad estadística.” (John Hicks, *A Theory of Economic History*, Nueva York, Oxford University Press, 1969, p. 3.)

la oferta establece una clara relación entre cantidades y precios: entre mayor sea el precio, *caeteris paribus* (todo lo demás constante), menor será la cantidad ofrecida de un producto, tal como lo describe la recta O-O' del gráfico 1. Por otra, la ley de la demanda postula que a un menor precio, *caeteris paribus*, mayor será la cantidad demandada, que puede ser representada por D-D' del gráfico 1. Entre el espacio infinito de precios y cantidades, el único punto en el que en el intercambio entre oferentes y demandantes están dispuestos a intercambiar su mercancía es E, justamente donde se interceptan O-O' y D-D'. En este punto se confirma la *ley de la oferta y la demanda*, que postula que los precios se ajustan para equilibrar oferta y demanda.³

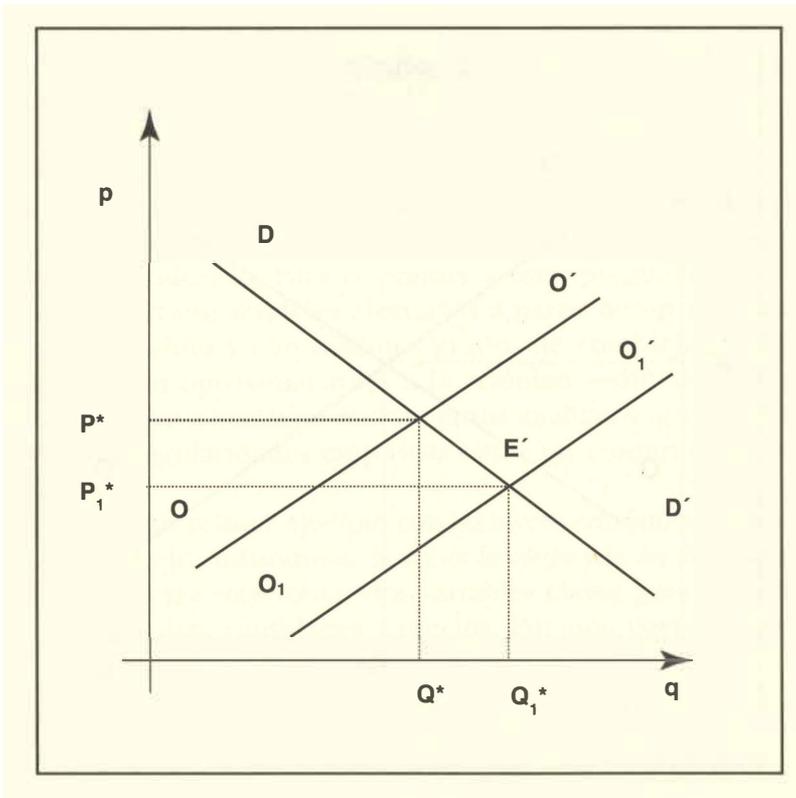
Gráfico 1



³ Para una explicación más amplia de la *ley de la oferta y la ley de la demanda* y el equilibrio en un mercado, véase Gregory Mankiw, *Principios de Economía*, España, McGrawHill, 1998, cap. 4.

De este resultado podría obtenerse un pronóstico del comportamiento de los precios y cantidades de equilibrio, *caeteris paribus*, ante un cambio de la oferta. Pero este resultado descansa en un supuesto clave en todo análisis de oferta y demanda: el resto de las variables debe permanecer sin cambio. Es decir, la oferta puede cambiar por una infinidad de causas, pero para que el pronóstico sea correcto el supuesto de *caeteris paribus* debe prevalecer. Así, un aumento en la demanda desplazará la curva de oferta hacia la derecha, de $O-O'$ a $O_1-O'_1$ en el gráfico 2. El punto de equilibrio se ha desplazado de E a E' . En este punto, el precio de equilibrio disminuye, mientras que la cantidad de bienes intercambiados aumenta.

Gráfico 2



Hasta aquí, el modelo económico de oferta y demanda nos proporciona una relación sistemática entre los precios y las cantidades ofrecidas y demandadas. ¿Qué utilidad tiene este modelo para el estudio del comportamiento de precios y cantidades en el pasado? No cabe duda que un investigador interesado en estudiar el mercado de los cereales en la primera mitad del siglo XIX estaría en dificultades para hacer abstracción de todas las variables que rodean a un mercado, reduciéndolas a precios y cantidades sin importar el tipo de bien que se intercambia (percedero o duradero, final o intermedio, de primera necesidad o de lujo, etc.), el número de participantes en la producción y en el consumo, las restricciones al comercio, la regulación gubernamental de precios y cantidades, entre muchas otras. No obstante, a este mismo investigador le sería muy complicado poder negar que un aumento de la oferta, cualquiera que haya sido el origen de dicho aumento, generó presiones para disminuir los precios, sin importar si dichas presiones se tradujeron efectivamente en reducciones de precios.⁴ En otras palabras, el investigador contará con un marco conceptual que le permite saber que un aumento en la cantidad ofrecida de cereales puede provocar una disminución en los precios. Si bien este resultado es válido en el corto plazo donde el supuesto de *caeteris paribus* se cumple, el historiador distinguirá los cambios en la variable que llevaron a este resultado de corto plazo. Y es justamente en el tránsito del corto al largo plazo en el que el estudio de la historia económica se hace indispensable para entender el comportamiento concreto de las variables de precios y cantidades. En palabras de Gabriel Tortella, “el historiador económico está más cerca del historiador tradicional a secas, porque tiene que emplear una mayor cantidad de intuición que el economista de corto plazo, aunque sólo sea para justificar la aplicación al largo plazo de modelos que fueron contruidos pensando en la validez del supuesto *caeteris paribus*”.⁵

⁴ Nótese aquí que las causas del aumento en la oferta de cereales son innumerables: un aumento en la importación, una ampliación de la superficie cultivada, mejoras técnicas que incrementaron el rendimiento por superficie cultivada, cambios en el patrón de consumo, etcétera.

⁵ Gabriel Tortella, *Aportaciones de la historia económica: economía e historia*, México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1995 (Cuadernos Universitarios, 22), p. 16.

En este ejemplo, el historiador puede conocer los aspectos políticos, sociales e institucionales que explican por qué un aumento en la oferta de cereales cumple o no con la ley de la oferta y la demanda. Si el aumento en la oferta de cereales responde a un incremento de las importaciones, el precio de equilibrio pudo no haberse modificado en absoluto para un mercado regional, si el país no contaba con un sistema de transporte adecuado que garantizara la integración del mercado nacional. También puede presentarse el caso de que un aumento en la oferta de cereales pueda incluso aumentar el precio, si simultáneamente se presenta un aumento de la demanda por un incremento en los ingresos de los consumidores lo suficientemente alto para compensar el efecto sobre los precios producido por el aumento en la oferta.

El nivel de generalización con el que la teoría económica formula sus modelos hace imposible encontrar explicaciones precisas sobre el comportamiento de variables económicas en un contexto histórico determinado. Su riqueza consiste en dotar al estudioso de un hilo conductor para entender cómo el contexto social, político e institucional permea la interacción de variables económicas. En este sentido, los modelos teóricos en el análisis histórico ofrecen una herramienta más para entender mejor cómo las variables económicas están influenciadas por los rasgos específicos del periodo y sociedad que se estudia.

Es muy importante hacer notar que hay un beneficio mutuo en la interacción de la economía y la historia. Cuando el historiador económico utiliza conceptos de la teoría económica en casos concretos en el tiempo y el espacio, sistematiza las relaciones entre variables que explican fenómenos económicos del pasado. A su vez, la propia historia económica ha producido una retroalimentación en los modelos y supuestos de la teoría económica. Es bien conocido el hecho de que la historia económica ha sido instrumento para cuestionar los supuestos de competencia perfecta que están detrás del paradigma neoclásico. Tales supuestos han sido modificados intensamente a lo largo del último medio siglo, dando como resultado marcos conceptuales que incorporan estructuras productivas no competitivas, sistemas de información incompletos y el comportamiento estratégico de productores y consumidores. Sin duda,

estos desarrollos de la teoría económica deben mucho al estudio del pasado. La racionalidad del *homo oeconomicus* ha sido sujeta al escrutinio de una realidad compleja y cambiante. En respuesta, la teoría económica ha explorado nuevas posibilidades que amplían la capacidad explicativa de sus paradigmas tanto en su poder predictivo como en el entendimiento del pasado.

Indudablemente los beneficios de un diálogo entre economistas e historiadores abren vetas de investigación muy amplias. En caso contrario, cuando se quiere negar la importancia de la otra disciplina o simplemente el análisis se circunscribe a las herramientas metodológicas individuales, existe un grave riesgo de caer en imprecisiones o falsas conclusiones. Thomas Rawsky, historiador económico de China, advierte a sus lectores que “los historiadores que niegan la teoría económica pueden perder de vista factores que afectan toda situación histórica [...] el economista que duda de explorar fuera de los confines de sus modelos puede pasar por alto las influencias históricas sobre los mercados”.⁶

Los temas propios de la historia económica recuperan las regularidades empíricas que intentan capturar los modelos económicos y los aspectos específicos que destaca el análisis histórico. Sin intentar agotar la lista de temas que pueden ser trabajados desde la perspectiva de la historia económica, presentaré a continuación como ejemplos algunos temas que pueden ser estudiados desde ella. Empezaremos nuestro recorrido por temas que se refieren a problemas relacionados de una manera y otra con los mercados, después pasaremos a la revisión de los aspectos económicos en forma global. El primer grupo está relacionado con el estudio de unidades económicas individuales, microeconomía, mientras que el segundo lo está con el análisis de variables económicas agregadas.

El primer conjunto de temas al que me quiero referir es aquel que los economistas asocian con la microeconomía, la organización industrial. Los archivos de minas, empresas agrícolas, comerciales e industriales y bancos contienen valiosa información que le permite al historiador económico acercarse a la producción de bienes

⁶ Thomas Rawsky *et al.*, *Economics and the Historian*, Berkeley, California: University of California Press, 1996, cap. 1, p. 1.

y servicios. Si tiene la fortuna de contar con un archivo donde se encuentren los registros de materias primas, número de trabajadores y sus salarios, maquinaria empleada y sus precios y volúmenes de producción y ventas, seguramente no le será difícil obtener un análisis de productividad.

La teoría económica le proporcionará un marco conceptual de teoría de la empresa a partir de la cual podrá determinar si, de acuerdo con la teoría de las productividades marginales, el empresario produce cuando el costo marginal es igual al ingreso marginal. Asimismo, podría determinar si la fijación de precios responde a un esquema de competencia perfecta o bien la empresa en estudio tiene un cierto grado de poder monopólico en el mercado. Con las series de costos y ventas también podrá determinar los márgenes de ganancia y los patrones de inversión y reinversión en la empresa a estudiar. La composición de la fuerza de trabajo indicará si las remuneraciones a los trabajadores también se hacen de acuerdo con sus productividades marginales. Con información sobre las tareas específicas de cada trabajador se podrían conocer los patrones de especialización y cambio tecnológico.

Lo más probable, sin embargo, es que este tipo de información exista sólo de manera fragmentaria o que esté reportada en forma poco útil para el análisis económico. Entonces ¿son de alguna utilidad los modelos económicos de la teoría de la empresa? Creo que la respuesta es afirmativa, pues debe tomarse en cuenta que aun conociendo sólo los precios de los insumos más importantes podríamos hacer supuestos sobre la estructura de costos y obtener una aproximación a los costos totales. Si parte de los salarios se paga en especie, es posible traducir esta proporción a términos monetarios con los precios de mercado de los productos que se reciben en especie. Con todo ello tendríamos una aproximación al monto monetario de los salarios y podríamos conocer el costo del insumo trabajo. Los precios de maquinaria y equipo pueden no estar disponibles, pero maquinaria similar puede estar disponible para otra empresa que sí cuente con tal registro; inclusive podría hacerse una estimación con los precios de la misma maquinaria a través de registros de importadores. A partir de las tasas de interés vigentes en los mercados financieros podríamos aproximarnos al costo del capital,

o al menos fijar un límite inferior de tal costo. Pero aun realizando todas estas estimaciones y cálculos, el historiador puede preguntarse cuál es el aporte de la teoría de la empresa; su colega economista responderá que si una empresa produce de manera eficiente seguramente estará en mejores condiciones para producir y sobrevivir la competencia de sus rivales en el mercado.

Es obvio que en algunos casos será imposible acercarse al estudio de una empresa en particular bajo la lógica que impone la teoría de la empresa, pues mientras más alejado sea el periodo de estudio más difícil será identificar con claridad algunos de los conceptos que impone el estudio de la productividad de una empresa. En todo caso, su importancia radica en la posibilidad de realizar comparaciones de empresas en diferentes sectores de la economía e identificar los patrones de crecimiento de una rama y su impacto en el conjunto de la economía.

Además de la estructura interna de costos y precios de una empresa y su nivel de producción, la organización industrial puede ser útil para explicar por qué una empresa domina un mercado y cuál es su desempeño en el largo plazo. Los modelos de organización industrial nos explican si una empresa adopta un comportamiento estratégico en sus patrones de crecimiento. En estos modelos, las empresas pueden mantener altas participaciones en el mercado —y por tanto ganancias extraordinarias— si logran erigir barreras a la entrada que amplíen su ventaja frente a sus rivales, aun a costa de pérdidas temporales en el corto plazo.

El historiador encontrará útil conocer cómo una empresa determinada puede fijar barreras a la entrada de sus competidores y si éstos tienen alguna capacidad de reacción. Más aún, las estrategias adoptadas por las empresas pueden variar en el tiempo, en gran parte por el distinto grado de desarrollo de los mercados de capital y tecnología. Así, las empresas papeleras dominantes en el mercado mexicano hacia finales del siglo XIX se especializaron en la producción de papel periódico y papel para envoltura (principalmente estraza). Esta especialización les permitió mantener costos reducidos y evitar la entrada de nuevas empresas, siguiendo muy de cerca el comportamiento predicho por los modelos de competencia oligopólica. Otra estrategia adoptada por la industria del

papel y de los cigarros a principios del siglo XX fue la de reducir temporalmente sus precios por debajo de los costos de producción de las empresas rivales para eliminar la competencia de pequeños productores.⁷ El historiador que encuentre patrones de comportamiento de las empresas que tengan como finalidad mantener o elevar una cierta participación en el mercado por parte de una empresa encontrará interesantes los modelos de organización industrial.

Otro instrumento analítico de la organización industrial se refiere a los patrones de localización y aglomeración de las actividades productivas. En los últimos veinte años, los economistas han formulado modelos que permiten explicar por qué ciertas zonas atraen capital y recursos productivos para el desarrollo de actividades sectoriales. El historiador podría observar una caída en los niveles de producción en ciertas regiones, o bien la emersión de polos de crecimiento en un momento determinado. En el siglo XX, la pérdida de importancia relativa de la minería trajo como consecuencia una pérdida de dinamismo en la región centro-norte del país. Este fenómeno puede explicarse con modelos de crecimiento regional que den cuenta de los factores que impulsan y entrelazan las actividades productivas en una región. El hecho de que ciertas actividades tiendan a concentrarse en determinadas regiones está relacionado en primer término con la disponibilidad de materias primas y mano de obra, de manera que el historiador podría encontrar una explicación a la existencia de ciudades. Pero la dinámica de crecimiento de ciertas regiones no necesariamente está asociada a estos factores sino más bien a los efectos de aglomeración y economías de escala descritos en los modelos de localización industrial. Aunque en un primer momento los capitales comerciales de la re-

⁷ En los últimos años, los historiadores económicos han incursionado en el estudio del comportamiento estratégico de las empresas en México. Véase Steven Haber, *Industry and Underdevelopment: The Industrialization of Mexico, 1890-1940*, Stanford, California, Stanford University Press, 1989 (en español fue editado por Alianza Editorial, 1991); Graciela Márquez, "La concentración industrial en México, 1925-1940", en María Eugenia Romero Sotelo (coord.), *La industria mexicana y su historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997; Carlos Marichal y Mario Cerutti (comp.), *Historia de las grandes empresas en México, 1850-1930*, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma de Nuevo León, 1997.



gión noreste dieron lugar a las primeras empresas manufactureras de la ciudad de Monterrey, al transcurrir el tiempo, el establecimiento de otras empresas estuvo asociado a los efectos de aglomeración y economías de escala que resultaron de la actividad industrial previa.

Cuando los economistas utilizan variables que engloban la actividad productiva de toda la economía, su análisis se enmarca dentro de la macroeconomía. Ésta enfoca su análisis en un área geográfica que agrupa a distintas unidades productivas, generalmente un país, cuya producción total se denomina producto interno bruto; los flujos de mercancías y de capitales con el resto del mundo se miden a través de la balanza de pagos. Para la historia económica, la macroeconomía provee de un marco conceptual para interpretar las fluctuaciones de corto y largo plazos de una región o un país. Por supuesto, este marco conceptual es enriquecido por las conexiones que el historiador puede establecer entre el comportamiento de variables económicas y un conjunto más amplio de indicadores del desempeño económico de una sociedad, incluyendo la vida política, las normas sociales y jurídicas y la demografía. Un ejemplo conocido y ampliamente debatido por la historiografía económica colonial de nuestro país puede ilustrar este punto. Si hubo o no una depresión en Nueva España durante el siglo XVII es una cuestión que tiene en primer lugar que pasar por el análisis de los agregados de producción, tanto aquella proporción de bienes y servicios que se intercambiaron en el circuito monetario como la proporción que se destinó al autoconsumo. Ante la dificultad de construir una serie precisa y confiable del producto interno bruto de Nueva España entre 1630 y 1720, es necesario recurrir a las pocas fuentes de series estadísticas de producción agregada, como son las de la minería y las del comercio exterior. Aún así el historiador económico enfrentaría graves obstáculos para llegar a conclusiones satisfactorias. Entonces es necesario atender al patrón de intervención pública en la economía, en este caso el gobierno virreinal y la Corona española, para obtener una estimación aproximada de series de impuestos que reflejen las tendencias de la actividad económica. En este ejemplo en particular, la demografía también tiene un papel destacado. La recuperación



del impacto demográfico que representaron las primeras décadas del sistema colonial puede contener indicios de un desempeño macroeconómico de naturaleza distinta al del siglo XVI. En cuanto a las normas sociales, el historiador prevendrá a su colega economista sobre la necesidad de considerar la organización social del régimen colonial y su relación con la producción. En la medida que el mercado de trabajo estaba altamente regulado, la movilidad de la fuerza de trabajo no obedecía a un esquema de oferta y demanda y, por lo tanto, los indicadores de caída de la producción podrían presentarse aun en una situación por debajo de la plena utilización de los factores de la producción. En este mismo sentido, el historiador advertirá a su colega economista que el sistema de crédito debería tomar en cuenta las restricciones al mercado de crédito específicas del siglo XVII, así como la transferencia no compensada que implicaba tanto las formas de tributo y exportaciones de plata a la metrópoli. Si la identificación de crisis económica en el siglo XVII se reduce a la mera caída de la producción, el análisis no sólo estará basado en series de variables económicas muy deficientes, sino también carecerá de un entendimiento cabal de la economía novohispana en el llamado siglo de la depresión.

Para la historia económica, todo análisis macroeconómico impone un obstáculo serio: se requieren de datos de todos los sectores de la economía, bien sea a través de la producción directa de cada sector o de cifras totales de consumo, inversión, exportaciones e importaciones. Cuando estos datos no están disponibles, se pueden tomar sectores económicos claves y estimar cifras de producción del resto. Desde una perspectiva regional o sectorial, una rama de la economía puede estar creciendo a tasas aceleradas, pero esta situación puede no corresponder en absoluto al desempeño de la economía en su conjunto. La producción de petróleo durante los años de la Revolución Mexicana registró elevadas tasas de crecimiento, pero ello no quiere decir que la producción en su conjunto también lo hizo. La demanda internacional de petróleo fue el factor principal que produjo la expansión del sector petrolero entre 1910 y 1920, mientras que otros sectores ligados al mercado interno disminuyeron su actividad. Para una mejor cuantificación de los efectos de la Revolución sobre la economía es necesario



incorporar información de la mayor parte de los sectores. Ante la falta de datos, el historiador aportará datos valiosos que permitirán hacer supuestos más realistas sobre el comportamiento macroeconómico. Por ejemplo, sabrá en qué momento la lucha armada fue más intensa y por lo tanto los supuestos sobre la producción agrícola tienen que ser más reducidos. De hecho, Richard Stuch argumenta que lo importante no es si se cuenta o no con datos para realizar un análisis macroeconómico sino más bien si se puede pensar sistemáticamente en variables económicas agregadas.⁸

A guisa de conclusión, sólo quiero reiterar que el diálogo entre economistas e historiadores enriquece el entendimiento del pasado. A la abstracción de los modelos teóricos de los economistas, los historiadores aportan ejemplos y situaciones concretas con los cuales se comprueban o modifican los resultados básicos de la teoría económica. A las características individuales de fenómenos históricos, el economista puede aportar generalizaciones que resultan útiles para mejorar nuestro entendimiento del pasado. No me resta sino hacer un exhorto para que los colegas de ambas disciplinas busquen los temas que les son comunes. La historia económica ofrece esta posibilidad, pues suma los avances de dos campos del conocimiento que son complementarios antes que excluyentes.

⁸ Richard Stuch, "Macroeconomics: an introduction for historians", en Thomas Rawski (ed.), *Economics and the Historians*, University of California Press, 1996, p. 171.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS